

UN INCIDENTE DE LA GUERRA DEL 47



BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.

Soldados americanos preparando el rancho de su regimiento.

En el fragor de la batalla y en lo más alto de la torre parroquial, se izó la bandera tricolor como rabioso y pujante desafío a las huestes invasoras.

El comandante Clark, del 19 de Inca, que mandaba el asalto de la plaza, ordenó que las bocas de fuego apuntaran al ondeante pabellón. Los disparos certerísimos destrozaron el asta de la bandera y ésta desapareció arrastrada a metrallazos.

Cinco minutos después una nueva bandera aparecía gallardamente en el mismo sitio y fué saludada con vivas estruendosos por el puñado de heroicos defensores que en esos momen-

tos ofrendaban su vida en el altar de la patria.

El yanqui Clark ardía en ira al ver de nuevo nuestra enseña, y sus cañones la arriaron otra vez haciéndola girones que como cenizas de patriótico incendio, flotaron por los aires.

Los anteojos de campaña del comandante invasor se dirigieron a la torre, escudriñándola; pero nadie asomaba por sus recios y lejanos ventanales.

Creyóse concluido en definitiva aquel incidente y el enemigo comenzó el ataque de otros puntos defendidos

bizarramente por el patriotismo y valor nacionales.

Era enardecida la pelea y nuestros hombres vendían caro cada palmo de terreno. Por un mexicano muerto, cinco soldados yanquis caían exánimes; pero el número abrumador de los invasores abastecía con diez soldados vivos cada uno de los que desaparecían.

Imposible era contener la avalancha del enemigo. Nuestros hombres comenzaron a flaquear; el parque escaseaba; muchas armas le habían inutilizado; el cansancio prendía sus pesadas garras en los cuerpos de aquella tropa valiente y la sed secaba las gargantas.

Llegábase al fin de la heroica lucha, cuando por tercera vez apareció la bandera nacional en la torre de la parroquia y por tercera vez los soldados mexicanos sintieron ardor en sus venas y rabia en sus espíritus. Aquel lienzo los animaba a la pelea, encendiendo en sus almas la llama inextinguible del patriotismo.

Clark quedó como petrificado al ver aquel milagro. ¿Quién izaba la bandera? ¿Cómo aparecía repentinamente aquel emblema que recordaba a los mexicanos el cumplimiento del deber y los convertía en leones a la hora de la lucha? ¿Quién hacía todo eso?

—Derrivad la torre, gritó el comandante enemigo; y a su voz de mando los cañones prorrumpieron en lúgubre sinfonía, cuyos ecos retemblaban, como el del rayo, por collados y montes.

La torre comenzaba a desmoronarse; aquel gigante vacilaba y caía; el piso más alto había desaparecido; el segundo empezaba a claudicar y poco faltaba para que la catástrofe fuese definitiva.

Y sucedió entonces que entre las ruinas de aquella granítica estructura, en medio de las balas que como lluvia infernal caían sobre ella; entre las voraces y sangrientas fauces de la muerte que se abrían satánicamente risueñas, en aquella torre cuyas campanas fueron un tiempo heraldos de amor y caridad, surgió nuevamente la bandera; pero ahora envolviendo, como glorioso sudario, el cuerpecillo raquítico y desmedrado de un patriota de quince años.

Los catalejos de Clark vieron que el pequeño soldado desafiaba a los cañones presentándoles su pecho, y animaba a los defensores de la plaza mostrándoles su sacrificio como la más alta y noble enseñanza de amor patrio.

Clark quedó asombrado; ordenó que cesara la voz rugiente de la artillería; mandó que se presentaran armas a ese niño extraordinario y dispuso que los soldados yanquis aplaudieran aquel acto de espartano valor.

El protagonista de la hazaña fué don Francisco A. Vélez, hoy General de División, y la torre histórica fué la parroquial de Veracruz.

CABO DE GUARDIA.